

SOBRE LA UNIDAD DIDÁCTICA

Al cabo de tres cursos de vigencia de la Unidad Didáctica de cinco cuartos de hora, creo llegado el momento de que el profesorado exponga su opinión sobre los resultados conseguidos en su aplicación.

La mía, a través de comentarios y conversaciones con compañeros e incluso con algunos de los Inspectores, es de que, para un buen número de profesores, ha perdido completamente el espíritu con que fue concebida y que claramente se nos expresó en el texto de la disposición. La Unidad Didáctica, se nos dijo, se dividirá en dos partes: los cuarenta y cinco primeros minutos se dedicarán a preguntar y explicar la lección, y la media hora final, a un estudio dirigido. No son éstas las exactas palabras, pero sí el espíritu de ellas.

En aquel tiempo le predije un gran éxito, en el caso, claro está, de que los profesores empleasen esa media hora dedicada al estudio en la forma en que realmente fue concebida, es decir: dirigiendo el estudio.

Los grandes fracasos de nuestra enseñanza, estoy completamente convencida, se deben a que pocos, poquísimos, de nuestros alumnos saben estudiar y además no tienen el hábito del estudio. Ahora que mis alumnas han tenido que hacerlo en mi presencia, he podido observar que rara, por no decir ninguna, al ponerse a hacerlo tenían a su lado como instrumento de trabajo más que el libro abierto. Aun en mi clase, que saben que lo primero que deben hacer al entrar es sacar la pluma y cuaderno, mejor que el libro, muchas no lo hacen hasta que se les advierte. ¿Qué indica esto? Sencillamente, que es un hábito que no han adquirido, aunque sea preciso inculcárselo desde el primer curso. Para todas las asignaturas es necesario, pero para las Ciencias es esencial. En general estudian la Física, Química o Matemáticas como lo harían con una lección de Historia, o mejor como leerían una novela, pues también para hacer un estudio consciente de esa materia tendrían que dibujar mapas, trazar esquemas, etc., etc. En general no hacen intervenir más que la memoria visual, y para una buena comprensión y retención, el repetir los cálculos, demostraciones, razonamientos y figuras que tienen en el libro o que les ha explicado el profesor es indispensable.

No he vuelto a ver los textos de Matemáticas con que estudié mi Bachillerato, por lo que no me atrevo a opinar sobre su valor didáctico (su autor se llamaba Suárez Somonte), pero estoy segura de que los que con ellos estudiamos conseguimos algo muy importante: saber leer y estudiar. Recuerdo que la Geometría no tenía ni una sola figura y el alumno debía dibujarlas siguiendo la explicación del texto si quería entender algo y llegar a aprenderse. Es un trabajo mucho mayor que el seguir el razonamiento del libro mirando la figura ya dibujada; pero una vez vencidas las dificultades que indudablemente teníamos, ya no se nos olvidaba aquello tan fácilmente y además adquiriríamos el hábito de emplear la pluma y el papel para cualquier otro estudio.

Los resultados que yo he conseguido con la aplicación de la Unidad Didáctica los considero extraordinarios. Antes, el que mis alumnos llegasen en Química, por ejemplo, a formular con soltura, no podía conseguirlo ni con todo el empeño que yo ponía en ello hasta bien avanzado el curso y algunos lo terminaban considerándolo todavía como un jeroglífico. La causa de ello era sencillamente que son muchos los alumnos que en sus casas o no cogen un libro, cosa casi general, o no saben aprovechar el tiempo que dedican al estudio. En consecuencia, como no volvían a pensar

en la materia explicada hasta el momento de la clase siguiente, suponía una pérdida total de tiempo aun para aquellos que habían estudiado conscientemente, pues como no siempre se les iba a preguntar a ellos, lo que debía durar cinco minutos se alargaba a veces a toda la hora, ya que se hacía preciso repetir de nuevo la explicación de lo que parecía no haberse comprendido.

Mi método ahora es eficaz precisamente porque todas mis alumnas, hasta las menos trabajadoras, salen de la clase habiendo dedicado un tiempo al estudio y con la seguridad para mí de que todas han comprendido perfectamente el tema. Aun cuando después en sus casas algunas sigan perdiendo el tiempo, no se presentan al día siguiente sin tener, como antes, ni una idea de lo que tratábamos.

Naturalmente, lo que no puede hacer el profesor en esa media hora es dejar que el alumno estudie por sí mismo, mientras él simultanea la vigilancia con otros trabajos, tales como corrección de ejercicios o cualquier otra labor personal. El hacerlo es desconocer la psicología infantil. Habrá algunos que quieran estudiar y hasta que estudien, pero serán los menos. Quizá aparezcan atentísimos porque el Tebeo, el cuento o la novela les interese; otros charlarán con el vecino o sencillamente perderán el tiempo de cualquier otra de las infinitas maneras que se les ocurra. De hacerlo así en todas las clases, el balance del día será para ellos de dos horas y media de tiempo perdido, más el que no hayan aprovechado en el resto de los períodos. Pensar que un niño de diez u once años estudie por sí mismo y sin ayuda un teorema matemático, del que seguramente habrá comprendido muy poco en la explicación del profesor, es demasiada ilusión. El libro le parecerá un enigma y su reacción natural será dejarlo para mejor ocasión, que, naturalmente, no llegará, porque en sus casas, en general, tampoco encontrarán el estímulo o la autoridad necesaria en los padres para que el niño se decida a vencer aquella dificultad, y como si se empieza mal difícilmente cabe la rectificación, ya que las dificultades son progresivas, así se explica ese horror que se observa para las matemáticas en casi todos los chicos.

No creo equivocarme al afirmar que es sólo cuestión de falta de estudio y de método, como lo era antes para mis alumnos. Las Matemáticas, la Física, el Latín, es decir, las asignaturas que se consideran difíciles, son asequibles a un número mucho mayor de alumnos si se les enseña bien a estudiarlas. Recientemente he tenido ocasión de comprobarlo en algunos de mis familiares. niñas con una inteligencia por encima de la media, a las cuales las matemáticas se les han atragantado, hasta llegar a suspenderlas, precisamente porque no asimilaban ya las del primer curso. Pues bien, con sólo hacerles leer conscientemente algunos temas y hacerles pensar sobre ellos, me sorprendía su fácil comprensión. Estoy segura que en esos temas ya no encontrarán dificultades que les lleven a cerrar el libro.

Creo, por tanto, que esa media hora de estudio obligado es una verdadera solución al problema. No lo es el hacer de esa media hora una continuación del primer período de cuarenta y cinco minutos, aunque su perjuicio sea algo menor, pues cuando menos no contribuirá a crearles el hábito de perder el tiempo.

Este lapsus de tiempo ha de ser para el profesor de un trabajo igualmente intenso que el del período anterior, pues es cuando podrá imbuirles el método en el estudio, que tan necesario les será para toda su formación posterior. La forma en que yo lo hago y que ahora expondré, puede prestarse a críticas, que además yo agradeceré; pero si ha demostrado ser eficaz, ya tiene un valor que considerar.

En los cursos de iniciación (ahora será solamente el cuarto), una vez que preguntando a tres o cuatro de las alumnas me he asegurado de que el tema del día anterior ha quedado bien aprendido, paso a crear en ellos nuevos centros de atención, siempre que es posible, experimentalmente. Mi explicación se fija en los puntos esenciales, los que han de servirles como base para el estudio, pues los detalles surgirán después al hacerlo. Empieza a continuación el estudio en el libro o en los apuntes que ellas han

tenido que tomar de mis explicaciones, generalmente en el primero. Para ello les fijo un párrafo y unas veces hago que una de las alumnas lo lea en voz alta desde el estrado mientras el resto sigue la lectura en su propio libro, y en otras, lo hacen todas mentalmente para sí mismas. Lo primero me sirve para darme cuenta de su capacidad para la lectura, porque a los doce o trece años aún hay niñas que lo hacen muy mal. Cuando supongo que han tenido tiempo de asimilarlo, pregunto a una cualquiera, generalmente la que he visto más distraída o que considero de las más torpes, que exponga la idea que ha sacado de la lectura, con lo que me cerciero de su capacidad de comprensión y retención. Si hay algún cálculo matemático, ecuación química o figura, han de repetirlo todas en el cuaderno bajo mi supervisión, bien tal y como está o con alguna variante para que tengan que hacer una labor más personal. Después otra niña lo repetirá en el encerado por si aún hay alguna que no lo ha comprendido. Este método me sirve para aclarar algún punto que haya quedado poco claro; les digo alguna anécdota curiosa, les pongo diferentes ejemplos y cuestiones; es decir, aprovecho toda ocasión para que el concepto se les quede perfectamente aprendido. Se sigue después en la misma forma con el segundo punto, y así hasta finalizar el tiempo.

De la misma forma hacen ante mí los problemas en gran número y también algunas prácticas que pueden hacerse individualmente en una clase de 50 alumnas, tales como medidas sencillas, determinación de las leyes de la reflexión empleando sus propios espejos y alfileres, etc.

En los cursos superiores, naturalmente, les dejo ya más autonomía en el estudio, porque ya han adquirido la costumbre de hacerlo y de cómo hacerlo, pero también con alguna intervención mía, haciéndoles repetir las ecuaciones químicas o cálculos, poniéndoles otros ejemplos que ellas han de hacer por sí mismas; es decir, que tampoco permito que su atención se disperse.

Habría alguien que quizás piense que no es posible que así el tiempo dé para mucho, pero se equivoca, porque aunque nunca les cargue a las alumnas con demasiado trabajo, el hecho de no tener que volver sobre él, porque todas han comprendido lo anterior, permite avanzar de forma metódica y segura y el resultado es que el programa se acaba antes de lo previsto. Incluso me queda tiempo para enterarme de sus problemas, de lo que han hecho o piensan hacer, en fin, que me cuenten sus cosas, pues a veces considero de gran utilidad perder unos minutos de los cinco cuartos de hora en un rato de charla que surja por cualquier incidente.

Mi idea es: que si todo el profesorado siguiese un método similar o diferente de estudio dirigido, sobre todo en los tres o cuatro primeros cursos, como nuestra labor en cada centro es un trabajo de equipo, los resultados favorables serían evidentes en un corto plazo de tiempo, por varias razones: 1.ª Crear en ellos un método de estudio y el hábito de "no perder el tiempo", para lo cual, en general, los españoles tenemos demasiada facilidad. 2.ª Como todos los alumnos terminarán la clase ya con una idea clara de la materia estudiada, se les habrá despertado un interés por ella que a una mayoría les llevará a completar en casa su conocimiento con un estudio más profundo. En general, al alumno le gusta aprender y agradece que le faciliten los medios. 3.ª Aun aquellos que su vagancia sea insuperable y vuelvan al día siguiente sin haber vuelto a pensar en ello, no será en baldío donde volveremos a sembrar nuevos conocimientos y, por tanto, nuestro trabajo será también más fructífero. Esas rachas de 50 ó 60 por 100 de suspensos por curso de muchos profesores, quedarían reducidas a como máximo un 10 ó 20 por 100, que deberá ser el tope para todo buen profesor.

Esto en cuanto al alumno, pero también para el profesor es fuente de grandes satisfacciones, y ello puedo también decirlo por propia experiencia.

Antes de la Unidad Didáctica salía de mis clases siempre disgustada por la sensación de pérdida de tiempo e incapacidad, puesto que al encontrarme con que un

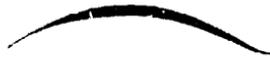
cierto número de chicos no habían sacado nada en limpio de lo que les había explicado, aunque con la seguridad de que era a causa de esa falta de trabajo personal del alumno, siempre me quedaba la impresión de propio fracaso.

Ahora es totalmente diferente: el tiempo se me pasa volando y lo mismo les ocurre a las chicas; el orden y disciplina en la clase son perfectos y salgo de ella con tranquilidad espiritual y totalmente satisfecha del resultado, sorprendida de lo que son capaces de aprender, de su fácil retentiva, del interés que muestran por conocer, las preguntas que les sugiere el estudio y un sinfín más de satisfacciones, incluida la del resultado final, que es de un pequeño porcentaje de niñas que han de seguir estudiando durante el verano.

La mejor confirmación del sistema la he tenido en este curso, en el que por necesidades del horario la unidad didáctica del cuarto curso se redujo sólo a una hora, con lo que el tiempo dedicado al estudio no pudo ser de más de diez a quince minutos y, por consiguiente, sin poder afirmar más que una parte de la materia de la lección. Volví a tener dificultades al día siguiente; las alumnas no tuvieron el interés por la asignatura que había notado en los años anteriores y se tradujo también en un mayor porcentaje de suspensos.

Espero que estas consideraciones sobre la Unidad Didáctica den lugar a otros trabajos de compañeros exponiendo sus puntos de vista sobre ella y la forma como la aplican para conseguir los mejores resultados, que es lo que en definitiva todos nos proponemos.

CÁNDIDA URIEL



GRAFICAS CANALES, S. L. GRAFICAS CANALES, S. L.

GRAFICAS CANALES, S. L.

GRAFICAS CANALES, S. L.

CICERON, 16

TELEFS. 233 73 40 - 233 29 75

M A D R I D

GRAFICAS CANALES, S. L. GRAFICAS CANALES, S. L.